

yo una mirada en que se retratan todas sus angustias, y sus ojos se encuentran, por fortuna, con los de un compañero suyo de colegio que está escribiendo á su lado. La serena calma de éste contrasta vivamente con la agitación de su conturbado colega; en su rostro, que refleja á las claras un poderoso talento, se vé pintada la satisfacción tranquila de quien ha realizado, sin grandes esfuerzos, un difícil trabajo. Pero vé á su afligido compañero, comprende al momento lo crítico de su situación y una inspiración súbita germina en su alma.

—A ver tu escrito—le dice en voz baja; —y el apurado compañero, como si vislumbrase de pronto un rayo de esperanza entre la oscura cerrazón de su espíritu, le alarga el adefesio que había emborronado, acompañando esta acción con una mirada anhelosa que quería decir: «¡sé tú mi salvador!» Este ojea rápidamente aquel esperpento manuscrito, y comprendiendo al punto que merecía la más desfavorable censura del tribunal, lo deja caer sobre la cubierta de su pupitre. Coje entonces su excelente trabajo, áureo eslabón de la cadena de otros muchos que en los cursos anteriores le habían granjeado los primeros premios de la Universidad, y con un callado «toma» lo entrega á su compañero, quien se apresura á poner al pie su firma, mientras el autor de este trueque sublime hace lo propio con el trabajo de su compañero.

El resultado de esta heroica acción es fácil de adivinar: el desesperanzado alumno de Capránica, en atención á la mejora extraordinaria que se notaba en *su trabajo* de aquel año, era aprobado sin dificultad; su carrera estaba asegurada y su porvenir se presentaba ya despejado de feos nubarrones.

Su generoso salvador causó asombro general en el claustro de profesores de la Universidad, que no sabían como explicarse el eclipse de aquella estrella de primera magnitud. Sin embargo, Dios, que se cuida de realzar más á los virtuosos cuanto éstos más se humillan y esconden, y suele premiar aún en esta vida las buenas acciones, sugirió de allí á unos días á uno de los examinadores la sospecha de que la letra del trabajo del héroe desconocido no era la ordinaria del mismo, y llamado éste á dar explicación de cambio tan misterioso, hubo de declararlo todo, y la fama divulgó el hecho á los cuatro vientos.

Ahora, naturalmente, el lector querrá saber el nombre de ese colegial de Capránica tan generoso. Pues sepa que se llamaba, en la época de este verídico suceso, el alumno Mariano Rampolla del Tindaro, y hoy Su Eminencia el Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de Su Santidad León XIII.—FÉLIX.

---